

LAS GUIRNALDAS DEL AMOR

I

Tímida como una desposada
que intacto el velo y fresco el azahar,
pálido el rostro y baja la mirada,
se aproxima á la cámara nupcial,

llegas hasta mi alcoba, y, te detienes
en el umbral, temblando de rubor...
¿Por qué tan tarde á nuestras bodas vienes
si de esperar mi frente encaneció?

Mi cámara nupcial está vacía.
¿Dónde vas á dormir amada mía?
Mi amor las puertas del hogar te cierra,

pués todas las que entraron como tú,
se fueron á dormir bajo la tierra
eternamente sobre un ataúd.

II

Cruzan alegres músicas la vía.
 El cielo es luz, la brisa es un perfume...
 Y del cielo y la tierra la alegría
 exacerba mi mal y me consume!

Todo canta esta tarde de verbena...
 Y mientras todo canta el alma llora...
 ¿Que le importa á los cielos esta pena
 que al solitario corazón devora?

Va pasando el alegre vocerío...
 Un perfume de amor flota en la brisa...
 Y del balcón muy pálido me alejo...

Ríe el cielo de luz, y también río,
 pero al copiar en su cristal mi risa
 de espanto y de terror cruje el espejo.

III

Vaga en la obscuridad de este aposento
 donde el silencio tu sonrisa espera
 un eco tan suave, cual si fuera
 recuerdo del perfume de tu acento.

Es un crujir de sedas; como una
 ala de fugitiva mariposa...
 Como el pudor fragante de una rosa
 que se abre en el silencio de la luna.

Es la respiración de este paisaje,
 es una araña que en la sombra labra
 para sus bodas el nupcial encaje.

Es un mensaje de la Primavera
 que al corazón le dice sin palabra:
 —La pronta vuelta de la amada espera.

IV

Ya no hay remedio. Nuestro amor ha muerto.
 ¿De sed ó saciedad?.. ¡Poco me importa!..
 Fué su existencia para mí tan corta
 que afirmar no me atrevo que fué cierto.

Miradas de pasión bajo la luna,
 un beso de tu roja entre las flores...
 ¿esto queda no más de esos amores,
 que en humo disipara la Fortuna!

Te amé, me amaste? En tu amor no acierto
 distinguir la verdad de la mentira,
 y más aún en un amor que ha muerto.

Enterrémosle en paz. Sobre su fosa
 pongamos una lápida, y, sin ira
 escribamos en ella: *Aquí reposa!*

V

Nuestra dicha fué un sueño; unos instantes
 duró apenas. De pronto despertamos,
 y nos vimos tan solos y distantes
 que en un mar de sollozos estallamos.

En dónde estás, mi vida. ¿Dónde has ido?
 Acaso volverás, mas dime cuándo...
 Tú te fuiste llorando de mi nido,
 y yo en el nido me quedé llorando!

De llorarte mis ojos se oscurecen,
 y mi cuerpo y mi alma desfallecen
 en la eterna impaciencia de esta espera..

Herido y solo en nuestro nido espero...
 ¡Vuelve, paloma, naldo antes que muera
 desagrado de amor tu compañero!

VI

—¡Adiós! deshecha en llanto me decía
y al separarnos, en aquel momento,
¡qué temblor tan profundo y tan violento
mis manos y mi voz estremecía!

Sobre el valle la noche descendía...
La fuente perflaba su lamento,
y en los rosales el sereno viento
que lloraba de pena, parecía...

—Adiós, adiós!—y se quedó temblando
en el aire la voz... Yo sollozando
á través de mi llanto la miraba

perderse entre las flores, pensativa...
¡Era mi Juventud que se alejaba,
era todo el pasado que se iba!

VII

Un cariño, es verdad, tuve un cariño,
de tan lozana é íntima fragancia,
que en plena juventud me hizo más niño
que en los primeros años de mi infancia.

Yo sé que la mujer es inconsciente,
que es ráfaga de humo su promesa,
por que palabras y ternuras miente
la misma boca que acaricia y besa.

Mas á pesar de todo, por un nada,
por algún gesto apenas perceptible,
con un furor satánico me encelo...

Y acariciando el cuello de mi amada
siento á veces el ansia irresistible
de ahogarla entre mis manos como Otelo.

VIII

Vámonos juntos á cruzar la Vida.
Iremos cual dos niños, de la mano,
entre las brumas de un país arcano
á buscar nuestra Tierra Prometida.

Tierra de promisión, tierra florida,
siempre soñada y perseguida en vano...
Nostalgia acaso de un vivir lejano
del que jamás el corazón se olvida.

¿Qué importa la aspereza de la senda,
que nadie nos ayude ni comprenda?
Caminaremos siempre, y si caemos

rendidos en mitad de la jornada,
con la visión de la ciudad soñada
dentro de las pupilas, moriremos.

IX

En tu cariño hay algo pasajero.
Una ansiedad latente se adivina
en tu eterna inquietud de golondrina
pronta á dejar su nido en el alero.

En tus manos mi vida está temblando.
¿Quién, si te marchas, cuidará del nido
donde se queda el corazón sangrando?
¡Tú te marchas fugaz, como has venido!

Como mujer, móvil y frágil. Tienes
ese encanto inconsciente y pasajero
de las ondas, las nubes y las aves...

Sin pensar dónde vas ni dónde vienes,
fabricarás tu nido en otro alero...
Tú sigues tu destino, y nada sabes...

X

De tal modo acarician tus cabellos
del sol los rayos tibios y dorados,
que parece que quieren sus destellos
quedarse entre tus rizos encantados.

Vestida de crepúsculo, tu esbelta
silueta en los jardines se esfumaba,
y tu dorada cabellera suelta
las largas avenidas alumbraba.

¡Oh, lujuria de sol, rayo de oro
que llegaste á la gruta silenciosa,
á enjugar las tristezas de mi lloro

con el oro sedoso de tu pelo...
A tus fulgores floreció una rosa
en el árido yermo de mi duelo!

CANCIONES INGENUAS

I

Lucha la alegría
del aire y del cielo
con las amarguras
de mis pensamientos.

A veces, un canto
de amores, un fresco
perfume de rosas
me envuelve en un sueño
de amor: Una virgen
me espéra, á lo lejos...

Su mano de nieve,
tímida, de nuevo
entreabre las puertas
del hogar, y al viento

flota la blancura
del místico volo...

¡Callad, ruiseñores
de Abril, que de nuevo
me envuelve la ola
de mis sufrimientos!
Velando un cadáver
me dice, en silencio
la voz hecha lágrimas
de mis pensamientos:

«—Aquí acaba todo...
Mira aquí los sueños
de tu primavera...
cogen en el hueco
de tu mano... Flores
que deshoja el viento...
La vida no vale
la pena de un sueño.—»

Lucha la alegría
del aire y del cielo
con las amarguras
de mis sufrimientos.

II

Del lívido invierno
á la luz de nieblas,
junto á la ventana,
tras las vidrieras
empañadas, hila
su lino la abuela,
mientras en el campo
sobre la arboleda,
temblando descende
la nevada lenta...

De sueño se inclina
la faz macilenta
bajo la blancura
de la cofia nueva,

prendida con lazos
azules de seda.

Junto á las cenizas
del hogar que humea,
rosna un gato negro
y se despereza...

Cuadro, viejo cuadro
de amor ¿quién se acuerda
de tu paz, en medio
de esta vida inquieta?

III

Yo conozco de Otoño
la leyenda olvidada.

Entre el musgo del parque
me la ha contado el agua
de una fuente muy vieja,
una tarde muy plácida
en que á la luz de oro,
era cosa muy grata
abandonar el mundo
y no pensar en nada.

Una tarde de olvido,
en que á la frente pálida
y mustia, consumía
la infinita nostalgia
del reposo... Inclinarse
por siempre en la almohada
de un inmortal ensueño
bajo la tierra santa!

Yo conozco la vieja
 leyenda de las vagas
 nieblas que entre los árboles
 flotan y se desgarran,
 de las hojas marchitas,
 de la flor deshojada
 sobre un banco musgoso
 oculto entre las ramas,
 de los senos hundidos
 y las mejillas pálidas...

Conozco esa leyenda...
 Mas para relatarla
 basta con un suspiro,
 sobra con una lágrima...

Yo conozco de Otoño
 la leyenda olvidada...
 En el fondo del parque
 me la ha contado el agua,
 de una fuente muy vieja
 una tarde muy plácida...

IV

Encantada poesía
 primaveral ¡qué bella
 floreces en el fondo
 de las almas enfermas!

Las pálidas mejillas
 se enrojecen; se alegran
 los labios, las pupilas
 melancólicas sueñan,
 y una canción de amores
 cruza sobre la tierra.

Prados llenos de flores;
 frondosas alamedas,
 ruiseñores, divinas
 noches áureas de estrellas...
 ¡cuánta hermosura, cuánta
 si en sus ojos os viera!...

Pero sus ojos ciegos
se pudren bajo tierra!..

Encantada poesía
primavera! ¡qué bella
flores en el fondo
de las almas enfermas!

V

¡Oh, noches estivales
de argentinos reflejos
de luna, donde bajo
la copa azul del cielo
se oye zumbir la sorda
colmena del silencio!

Alma, que huyes del mundo,
pega tu oído al suelo
y escucharás las místicas
palabras del Misterio!

La voz profunda y sabia
de las aguas y el viento
te hablará de esas cosas
que viven aunque han muerto!

La vida es armonía,
 es un cántico eterno...
 Sé tú también la nota,
 más dulce del salterio...

Cantemos la infinita
 grandeza del Ensueño,
 la canción perdurable
 que resucita muertos!...

VI

Se ha secado la fuente.
 Viajero, mira y pasa:
 —No bañarás tus labios
 en el frescor del agua!

Viajero melancólico,
 camina. En tu jornada
 solo tendrás el agrio
 amargor de tus lágrimas...

Se han secado tus ojos...
 La sed sin esperanza
 es más terrible. Cruza
 la estepa solitaria,
 el valle floreciente,
 recorre las montañas...
 —No bañarás tus labios
 en el frescor del agua!

VII

¡Adiós! El sol se apaga...
 El valle se obscurece,
 y tu reja se cierra
 entre rosas de nieve.

La sombra avanza. Esparce
 el Angelus sus preces,
 y gimen las campanas:
 —¿Cuándo volveré á verte?

Labios que me besaron
 entre rosas de nieve...
 ¡Adiós! El sol se apaga...
 La lenta tarde muere.
 El Angel del Crepúsculo
 al cielo el vuelo tiende
 al son de las campanas...
 —¿Cuándo volveré á verte?

VIII

¡La abuelita Antonia!
 Corazón ¿recuerdas?

Frente más altiva,
 pupilas más negras,
 nunca más mis ojos
 vieron en la tierra.

Ni manos más finas,
 más blancas y bellas,
 han acariciado
 jamás mi cabeza.

(Mis manos de artista
 sus manos recuerdan.)

Su mirar de Diosa
 y su andar de reina,
 nunca más he vuelto
 á ver en la tierra...

(Algo de su orgullo
en mi porte queda.)

¡La abuelita Antonia!
Corazón ¿recuerdas?

Cuando se sentaba
tras las vidrieras,
en las claras tardes,
al sol, á hacer media,
su rostro más blanco
que su cofia era...

Ella fué en la vida
tu mejor maestra...

Te enseñó á ser bueno
y altivo... Esas bellas
cosas que en tus versos
hoy la gente encuentra,
todo se lo debes,
corazón, á ella!

Siempre que me hablaba
su voz lenta era
musical, suave,
tan dulce y tan tierna
que me adormecía
soñando con ella!

Cuando en la agonía
me acercaba á verla,
levantó los ojos,
y su boca yerta
tuvo una sonrisa
por no darme pena...

(Su sonrisa, como
la de mi otra Muerta)...

¡La abuelita Antonia!
Corazón ¿recuerdas?

IX

Mi amada entre las brumas
de un sueño, á verme llega.
Flota sobre los hombros
su negra cabellera.

Los ojos entornados
no miran, sino sueñan.
Viene pálida y triste,
blanca como una muerta...

Al resplandor del alba
como un sueño se aleja...
para siempre... y un ramo

de «no me olvides» lleva
entre las manos, blancas
como las de una muerta.

X

Sentada en la playa
la Virgen espera
ver, donde los cielos
y la mar se besan,
palpitar la blanca
sombra de una vela.

—Hermana, no llores,
cuando Mayo vuelva
llegará la nave
soñada que esperas...

Sobre el mar en calma
flotarán las velas,
cada vez más blancas,
cada vez más cerca,
mientras que las olas
que tus plantas besan,
cantarán monótonas
su canción eterna.

Sé constante. Aguarda...
 El hermano sueña,
 con la hermana ausente
 y á partir se apresta...

Nosotros traemos
 su voz... En la vieja
 playa, la otra tarde
 nos lloró sus penas...

—«Volad, á otras playas,
 olas mensajeras,
 decidle que muero
 de amor en la ausencia.

Volad, gaviotas;
 buscadla en la tierra
 verde, donde brotan
 las flores más bellas;
 en el claro golfo
 cuyas aguas trémulas
 copian el penacho,
 del volcán que humea.

Decidle que visteis
 llorando por ella
 los ojos más tristes
 que hay sobre la tierra.

Y que en una tarde
 de la Primavera,
 á un viento fragante
 tendidas las velas,
 llegará temblando
 la nave que espera!—

El sol del Otoño
 el mar ensangrienta;
 la ciudad lejana
 en la tarde en fiesta
 enciende sus luces
 que en las sombras tiemblan,
 al compás sonoro
 de las panderetas
 que marcan el ritmo
 de la tarantela...

Y la hermana pálida,
 en la playa sueña,
 contemplando inmóvil
 las olas que trémulas
 copian el penacho
 del volcán que humea.

XI

Es la primavera...
Se van ya cubriendo
los campos de rosas,
las almas de sueños.

En todas las ramas
hay ya brotes nuevos,
en los labios risas
y amor en los pechos.

Del bosque y del alma
turban el silencio
millones de trinos,
millones de besos...

Sólo tú, mi pobre
corazón sin sueños
eres como un árbol
deshojado y seco...
Al llegar las flores,
te encontraron muerto!

XII

¡Oh, fiestas alegres
de España! Verbenas...
Lloran las guitarras
sus líricas quejas
entre la alegría
de la loca fiesta...

¡Oh, lasciva danza
bajo la arboleda
que la clara luna
con su luz platea!...

Las danzas lascivas
de España... Las sendas
más ocultas buscan
las locas parejas...

Y allá en su retiro,
pálido el poeta
llora oyendo el ronco
rumor de la fiesta!

XIII

La luz del sol que entra
por el balcón abierto,
la clara y transparente
serenidad del cielo,
la brisa perfumada
de rosales enfermos;
todo á cerrar los ojos
invita, en el silencio
sepulcral y profundo
del ensueño postrero!

Quiero morir, en una
tarde de Otoño, oyendo
cantar las golondrinas
que se van, á lo lejos;
aspirando el perfume
húmedo y somnoliento
de alguna flor tardía
que se deshoja al viento,

y viendo en la azulada
profundidad del cielo
morir el oro tibio
del sol, como en un sueño.

XIV

Cantan los segadores
en los dorados campos
de mieses, lentamente
la canción del verano.

El sol en su áurea llama
envuelve y cubre el vago
paisaje adormecido
de sopor... Bajo el árbol
se repliega la sombra
agobiada. Un rebaño
bajo el puente, sesteo
inmóvil. No hay un pájaro
que alegre el cauce estéril
del río... Por el llano
polvoroso, se pierden
los quejidos de un carro...

Es la hora fatigosa
del calor. No pensamos
en nada. Está el espíritu
como el cuerpo, cansado.

Cantan los segadores
en los dorados campos
de mieses, la indolente
pereza del verano.

XV

Llegará, al fin, el día
de mi instante supremo,
en que en mis ojos muera
la luz y quede ciego,
y se hielen las manos
en cruz sobre mi pecho...

En algún rincón húmedo
del viejo cementerio,
al frío de la lluvia
se pudrirá mi cuerpo,
y volverá á la tierra
lo que es suyo...

Yo siento
una inquietud extraña,
pensando en el momento
en que por las rendijas
del carcomido féretro,
se filtre lenta el agua
sobre mi helado cuerpo.

Mi carne de horror tiembla,
tal vez en el recuerdo
de algún lejano día,
en que en un cementerio
viejo, sintió la lluvia
humedecer mis huesos.

XVI

En la clara noche
bajo mi ventana,
se alejan las notas
de una serenata.

No sé lo que dicen;
no sé lo que cantan,
pero es tan doliente
la voz, tan amarga,
que al oirla, los ojos
se llenan de lágrimas...

Yo sé de una enferma
que bajo la lámpara
familiar, al eco
de la serenata,
cerró para siempre
sus negras pestañas...

Los amantes, pálidos,
á su son se abrazan,
y mientras la música
se pierde lejana,
se duermen besándose
sobre la almohada.

Las niñas dormidas
sueñan extasiadas
con célicos coros
de ángeles que bajan;
y por la memoria
de las viejas pasan
sonoros recuerdos
de otras serenatas...

La música vuelve
bajo mi ventana.
La copla resuena
doliente y nostálgica
llorando una pena...
Y la luna blanca
con su luz de encaje
ilumina pálida
un rostro de nieve
sobre mi almohada.

XVII

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas, los luceros.

Hay algo sobrehumano
en la tierra, en el viento,
algo que sobre el mundo
abre los pensamientos,
y obliga á las pupilas
á clavarse en el cielo.

Mi corazón cansado
vuelve á latir de nuevo;
á mis labios acuden
palabras, risas, besos,
y los brazos se abren
para estrechar á un sueño.

Son lejanas memorias,
nostalgias y deseos
de algo que ha sido mío
y no volverá á serlo...

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas, los luceros.

XVIII

La virgen desnuda
se mira en el agua
que tiembla de celos
y amor al copiarla.

Cuello de gacela,
caderas de ánfora:
los senos magnolias
turgentes y blancas.

Las olas parecen
detenerse, para
contemplar aquella
viva rosa humana.

Flotante la espesa
guedeja dorada,
mojando la punta
de su pie en el agua
tímida sonrío...

Y al reír, el áura
esparce un perfume
de rosas tempranas,
y los ruiñeñores
envidiosos callan.

La virgen desnuda
se mira en el agua
que tiembla de celos
y amor al copiarla.

XIX

El parque de oro y verde
palpita, brilla y canta.

Fulgura al sol el mármol
de las viejas estatuas;
en las floridas fuentes
el agua es viva plata;
y á lo lejos blanquean
entre las verdes ramas
los trajes vaporosos
de las novias que pasan...

Tardes de Mayo, tardes
tranquilas y doradas!...
Citas de amores entre
las sendas olvidadas...

¡Oh, alegres tardes!... triste
mi corazón se calla,
y no tiene ni una
sonrisa, ni una lágrima
para vosotras, tardes
de rosas perfumadas!

Mi vida es un espectro
que entre vosotras vaga,
sin esperar á nadie
y sin pensar en nada...

Tardes de Primavera
azules y doradas!

XX

Luces de oro y púrpura...
 Pleno Mediodía...
 El aire es bochorno;
 se duerme la brisa;
 y sobre la tierra
 árida y dormida
 no se ven más sombras
 que las indecisas
 que describe alguna
 fugaz golondrina...

Los árboles mustios
 su ramaje inclinan...
 Perfume enervante
 de fuego...

¡Alma mía,
 es la hora eterna,
 de las despedidas!

Hora en que á la tierra
 se inclinó la vida,
 igual que esas rosas
 que al sol se marchitan.

Luces de oro y púrpura...
 Pleno Mediodía...
 Sólo el cielo cruza
 la sombra indecisa
 que describe alguna
 fugaz golondrina.

XXI

La noche es luz, perfumes,
resplandores, cadencias...
Bajo la clara luna,
escuchando las quejas
de un ruiseñor, el alma
enamorada sueña.

En un reloj lejano
la hora, doliente suena...

A esta hora, una noche
remota, dijo ella:
—Mi amor es como una
noche de Primavera;
tiene luz y fragancias,
resplandores, cadencias...

Y yo miré en el fondo
de sus pupilas negras,
reflejarse el callado
fulgor de las estrellas!

La noche es luz, perfumes,
resplandores, cadencias...
Bajo la clara luna
escuchando las quejas
de un ruiseñor, el alma
con lo imposible sueña!